

yo soy la única que me encargo de los convites... ¿vendrá vm.?

— ¿No es pues una necesidad el volver á ver á vm.? Si hubiese de ceder á mi inclinacion, no la dejaria mas...

— ¡Ah! ¡Dios mio! creo que caemos en lo sentimental; ¿va vm. por ventura á hacerme una declaracion?

— ¿Es posible verla á vm. sin amarla?...

— ¡Cuidado!... parece que se pone vm. serio, y á mí no me gustan sino las gentes alegres... Ese aire melancólico no le cae á vm. bien.

— ¿No tiene vm. lástima del mal que causa?...

— ¡Ah! ¡nada de eso!... los suspiros no me enternecen de ninguna ma-

nera! para agradarme es necesario que se me haga reir siempre.

Engolfados en esta conversacion, se habian internado en el jardin Augusto y la petimetra. Augusto habia tomado el brazo de la joven y se lo apretaba tiernamente. Atalia no cesaba de reirse, pero no rechazaba los dulces apretones de mano de Dalville, cuando á la vuelta de una calle de árboles se les presentó Bertrand.

— ¡Lo están esperando á vm. así como tambien á la señora para almorzar, mi teniente, dijo el cabo de escuadra llevando el revés de su mano á su frente.

Hizo Augusto un movimiento de impaciencia, pero ya la viva Atalia le habia dejado el brazo y se habia alejado retozando.

—Par diez, Bertrand, eres muy torpe,

dijo Augusto mirando al cabo de escuadra que tenia delante.

— ¿Pues qué es lo que he hecho, mi teniente?

— No parece sino que tomas por tu cuenta el venir á incomodarme, cuando estoy en conversacion interesante con una mujer bonita.

— Perdone vm., mi teniente, pero yo no puedo adivinar lo que está vm. hablando.

— ¡Cualquiera que no sea un torpe, adivina eso á primer golpe de vista! Desde ahora para siempre, cuando esté yo mano á mano con una mujer, te prohibo el que vengas á interrumpirme.

— Se acabó, mi teniente, aunque se quemase la casa, no volveria á incomodar á vm.

Se habia reunido todo el mundo en el

comedor, y como La Tomasiniere se habia despertado con muy buen apetito, no finjió ningun negocio que pudiese contrariar su estómago, é hizo á Dalville un saludo muy amable, lo que daba á entender que su mujer le habia anunciado que queria recibirlo. Madama Destival parecia que tambien procuraba reconciliarse con Dalville, que estaba de hocico desde la escena del patio.

Tengo precision de estar antes de medio dia en Paris, dijo La Tomasiniere revolviendo una porcion de papeles que sacó de su cartera; tengo diez citas para hoy... Estoy seguro que han ido ya á preguntar por mí á mi casa mas de veinte personas... Un poco mas cafe, si vm. gusta... no es de Moca.

— Perdone vm., dijo Destival al tiempo de llenar la taza.

— ¡Oh! estoy seguro de que no, es materia que entiendo... Ultimamente he hecho una provision de bastante consecuencia; pero es muy diferente de este....

— Tambien yo tengo necesidad de estar en Paris esta mañana, dijo Destival muy engallado en su corbata, tengo muchos negocios entre manos.. ¡Algunos de la mayor importancia!... Monin quiere comprar una casa,... estoy encargado de ese negocio....

— ¿Quien, ese señor pequeño que ponía dos cuartos al ecarté?

— El mismo.

— ¡Cómo! ¡ese hombre compra casas! Yo no hubiera sospechado semejante cosa,..... tenía un frac

muy usado, con zurcidos en los codos.

— ¡Oh! ¡en el campo!

— No importa, vm. convendrá en que un hombre con un frac tan usado no anuncia gran cosa... Eso no da buena idea de su talento ¡Oh! yo tengo gran golpe de ojo... y luego la costumbre de no ver mas que gentes ricas y bien puestas... ¡Ah! lacayos, digan vms. á mis criados que dispongan el tiro... que pongan los caballos en la calesa.

— Yo espero esta mañana á mi modista, dijo Atalia, tiene que llevarme una gorra preciosa... Será necesario caminar muy lijero, porque tengo muchos deseos de probarme esa gorra.

— Ya sabe vm., señora, que mis corceles no van como los caballos de fiacre... Los alimento bastante bien, y me cuestan bas-

tante caros para poder hacerles galopar.

— ¡Bautista!... gritó el señor Destival á su criado que iba á salir, dispon tambien tú el tiro... lo oyes.

— ¡Eso es, dijo para sí Bautista, sin bien salir de la cocina, ya tengo que ir á la cuadra!

— Par diez, Bautista, diga vm. al paso á mi Toni que ponga el caballo en mi cabriolé, dijo Dalville, sonriéndose del aire de importancia de La Tomasiniere, que decia estregándose las manos: — En verdad que es agradable el tener cada uno su carruaje... eso es hermoso; á lo menos está uno seguro de no hallarse sino con gentes de lucimiento. Es cierto que vms. no tienen mas que cabriolés,... pero todos no pueden tener como yo calesa, cupé y landó.

— Cómo, señor Dalville, vm. tambien marcha, dijo madama Destival fijando en el joven una mirada muy expresiva; eso es muy amable... todo el mundo me abandona...

— Es cierto, amigo mio, dijo Destival, mi mujer contaba con vm. para hacerle compañía... y...

— Yo no he dicho jamas que contaba con el señor; seguramente me hubiera guardado bien de ello, dijo Emilia interrumpiendo á su marido; pero supuesto que todo el mundo vuelve á Paris, no veo por que me he de quedar yo aquí. Ademas de que, ¿no tiene vm. que dar una comida esta semana?

— Sí, señora, una gran comida... Asistirán gentes de mucho poder... grandes empleados.... artistas distinguidos....

Cuento con el señor La Tomasiniere y su señora, así como tambien con el amigo Dalville.

Dalville se contentó con inclinarse, mientras que La Tomasiniere contestó:— Ya veremos... Yo no puedo comprometerme de antemano, porque podría tener que concurrir á otras comidas á casa de gentes de alto copete... y vm. conoce bien...

— De ese modo, vamos todos á Paris, dijo madama Destival; mi marido se encargará de Bautista... y de Julia. ¿Tendrá el señor Dalville la complacencia de darme un asiento en su cabriolé?...

— ¿Por qué no viene vm. en nuestra calesa? dijo con viveza la petimetra.

— ¡Oh! temeria el hacer á vms. esperar... Tengo todavía muchas disposiciones que tomar, ... y vm. tiene prisa

de ver á su modista... Yo me persuado que el señor Dalville tendrá la bondad de esperar una media hora.

Conocia muy bien Augusto que hubiera sido impolítico el negarse; y por otra parte, aunque este arreglo se oponia á sus proyectos, aunque la seductora Atalia le hubiese hecho un gesto muy expresivo, y madama Destival hubiese hablado muy mal de él, no por eso dejaba de ser Emilia una mujer muy bonita, y á una mujer muy bonita se le perdonan muchas cosas, aun cuando no se esté enamorado de ella.

Quando se levantaron de la mesa, ya estaban dispuestos los carruajes. Subió á su calesa madama La Tomasiniere, dirijiendo una mirada maligna á Augusto y á madama Destival. El especulador

llamó á sus dos lacayos para que le ayudasen á subir, luego se dejó caer en el fondo del carruaje gritando: — á mi casa de la chaussé de Antin. Y que vuelen los caballos, que vayan á escape, ... ¿lo oye vm. Lafleur? mas no por eso vaya vm. á volcarnos en el camino.

Partió la calesa como una flecha. Madama Destival dió tanta prisa á sus criados, que muy pronto estuvieron dispuestos Julia y Bautista para marchar con su amo; en cuanto á la señora, tenia que hacer aun diferentes arreglos para los cuales no necesitaba de Julia. El señor Destival apretó fuertemente la mano de su amigo, encargándole que no hiciese ir á su mujer con mucha precipitacion, porque eso le hacia daño en los nervios, luego se colocó en su cabriolé al lado de

Julia, mandando á Bautista que subiese detras, lo que hizo, murmurando de que se le empleaba para todas las cosas.

Bertrand y Toni estaban junto al cabriolé de Dalville no esperando mas que su llegada y la de madama Destival, para ponerse en camino. Pero los pequeños arreglos que la ama de casa tenia que hacer duraron cerca de dos horas. Bertrand se impacientaba junto al cabriolé; pero su amo le habia ordenado que lo esperase allí, y no abandonó su puesto.

— El amo, cree acaso que hemos marchado, dijo Toni.

— No, no, ya sabe que estamos aquí.

— Pero acaso no querrá volver á Paris hoy.

— Entonces él vendrá á decírnoslo.

— Y si no se acuerda de semejante cosa.

— Estaremos aquí hasta que vengan á relevarnos de nuestro puesto. La consigna, yo no conozco mas que eso.

Pareció por fin Augusto á cosa de mediodía, dando el brazo á madama Destival que se apoyaba tiernamente en él, y cuya fisonomía no expresaba ya sino el contento, y el mas amable abandono.

— Esto es singular, dijo Bertrand para sí, esta es una señora que muda de semblante dos ó tres veces al dia. ¡ Bien que, ya debia estar acostumbrado á esto!... ¡ He visto tantas cosas semejantes!... Todas las que llegan á casa del amo, con talante enfurruñado, revolviendo los ojos, y con una voz recia, al salir van mansas como corderos, ya no tienen el mismo semblante, los mismos ojos ni la misma voz...

— Vamos, sube, Bertrand, dijo Augus-

to que estaba ya en el cabriolé junto á madama Destival. Vm. estará un poco incomodada, señora, pero mi fiel Bertrand no ha nacido para ir detras.

— ¡ Oh! yo iré siempre muy bien, dijo Emilia, echando una dulce mirada á Augusto, y dirijiendo á Bertrand una sonrisa graciosa... ¡ porque no hay nada mas amable que las damas, cuando van las cosas á su gusto!... ¡ Pero tambien cuando no se les complace!...

Partieron, y al pasar por delante de la senda que conduce á Montfermeil, sacó Augusto la cabeza, miró, y dijo para sí: — No siempre tendré una dama que acompañar.